



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

No recordemos el mal, sino sólo el bien

Exposición del Mensajero del Eterno

ES una inmensa bendición anunciar la buena nueva del Reino de Dios. Pero es preciso hacerlo con un corazón bien decidido, con una fe completa y con el espíritu que nos describe Isaías (en el capítulo 61) en estos términos: "El espíritu del Señor, el Eterno, está sobre mí, para anunciar buenas nuevas a los desgraciados."

Hemos de tener conciencia de que el espíritu del Señor no está sobre nosotros si no tenemos entusiasmo en el corazón para dar nuestro testimonio. Si sólo nos viene el deseo de hacerlo porque tenemos esta costumbre, o por jactarnos, esto no puede traer una bendición efectiva.

Para que la nueva que llevamos sea verdaderamente una buena nueva, hace falta que seamos ungidos por el espíritu de la gracia divina, pues como hemos podido darnos cuenta, el adversario se sirve también de la Biblia. Nadie nos lo había dicho antes, y ni siquiera nos venía al pensamiento. Lo que sobre todo me sorprendió, son los pasajes bíblicos empleados por el adversario para tratar de hacer ceder a nuestro querido Salvador.

He visto también a personas que, después de haber cometido graves faltas, procuraban excusarse con pasajes bíblicos. Estas cosas no tienen ningún valor, puesto que es nuestro organismo que lo registra. Es con él que tenemos que ver, y con la influencia que es indispensable realizar para comunicar a todo nuestro ser la felicidad, la bendición, el gozo, el consuelo y la viabilidad.

Si nos abandonamos a la influencia contraria, destruimos nuestro cuerpo a causa de la acción nefasta que ejerce en nuestro sistema nervioso. Nada permanece oculto, y todo se descubre un día u otro en los resultados en que se traduce. Hay personas que pueden disimular sus pensamientos durante mucho tiempo; pero llega siempre el momento en que la línea de conducta seguida se revela por los trastornos, titubeos, faltas de fe y de seguridad, cosas que son el resultado de influencias que habían de poner a un lado.

Una multitud de cosas pueden hacernos tropezar si no las abandonamos resueltamente. Tenemos el ejemplo de Elí, que tropezó a causa de su culpable debilidad hacia sus hijos sacrílegos. En cambio, Samuel fue enérgico. El alejó a sus hijos del santuario, porque igualmente eran sacrílegos.

Naturalmente, ciertas medidas son a veces difíciles de tomar, y se trata de escoger. Tenemos delante de nosotros el Reino de Dios, y no lo de antes; lo que no es del Reino debemos echarlo al olvido, y sólo ocuparnos de lo que está delante de nosotros.

Lo que queda atrás representa algunas veces un caudal de diversos conocimientos, como títulos honoríficos, un puesto en el mundo, etc. Algunos han tenido el valor de poner a un lado las riquezas del mundo para venir a ser pobres a quienes el Reino de Dios es favorable. Otros se detienen al ver el programa. Hay, pues, varias cosas que considerar. Es preciso poner a un lado lo que se considera como debiendo quedar atrás, y ocuparnos de formar el Reinado de la Justicia.

Los miembros del pequeño rebaño tienen delante de sí la formación del Ejército del Eterno. Estos son sus hijos; para ellos, pues, se trata de ocuparse de la nueva familia. Es esto lo que consideran y que debe ocuparlos, a fin de poder desempeñar su ministerio.

El pequeño rebaño debe llegar a ser la nueva madre de la humanidad, siendo nuestro querido Salvador el nuevo padre, el segundo Adán. El amor lo vivifica todo y nos vivifica a nuestra vez. El apóstol Juan nos ha prestado un gran servicio al mencionar el precioso versículo que dice: "Sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos."

Ya hace mucho tiempo que este versículo me llamó la atención, y que me hice las preguntas: "¿Amas a los hermanos?, ¿es que este pasaje tiene verdaderamente para ti un valor activo, como las acciones al portador tienen valor para los seres humanos?, ¿amas verdaderamente a los hermanos cuando son amables y también cuando todavía no lo son?" Pues no somos amables al primer intento, sino que es preciso pasar por la escuela de Cristo para aprender a serlo.

El Señor nos da todos los consejos necesarios para que podamos ser verdaderos testigos de la verdad, trayendo la bendición. Él nos dice: "Sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas." Conviene ser prudentes para tener siempre la visión de lo que está delante de nosotros; tendremos entonces todas las facilidades para olvidar las cosas que quedan atrás. Estas cosas que quedan atrás es el espíritu del mundo, el cual persigue a los hijos de Dios todavía durante mucho tiempo, y es solamente desarrollando una fe verdadera como llegan a desembarazarse de él.

Es necesario olvidar completamente lo que queda atrás y no practicarlo más. No debemos pensar como antes, sino acostumbrarnos a tener pensamientos altruistas y a la confianza en Dios. Si el Eterno quiere darnos facilidades y comodidades, es asunto suyo; pero si hemos de pasar un momento de estrecheces, es también asunto suyo.

El Eterno dirige nuestro camino, con tal que nos pongamos enteramente en sus manos. Él

nos deja la libertad. Pero si queremos dejarle dirigir nuestra vida y si somos dóciles, podemos estar seguros de que nos hará llegar a la meta que se nos propone.

La carrera es sumamente interesante para el que quiere verdaderamente dirigirse hacia adelante y rechazar resueltamente lo que queda atrás. Es esta actitud que conviene realizar. Sin embargo, hay aún muchas debilidades en medio de nosotros, faltas de fe, tergiversaciones. Las pulsaciones de diversas naturalezas provienen simplemente de que no hemos puesto aun definitivamente a un lado lo que queda atrás, y por eso nos encontramos sometidos a toda clase de influencias. Naturalmente, en estas condiciones la fe no puede desarrollarse, es imposible.

Podemos saber de antemano si tendremos buen éxito o no; el que ergotiza errará seguramente su objetivo. Todo nos es ofrecido libremente, y nadie es obligado a correr la carrera de la alta vocación en Jesucristo, nuestro querido Salvador. Pero, si nos hemos consagrado con todo nuestro corazón, debemos de todos modos decidirnos de una vez por todas a andar seriamente en la liza si queremos alcanzar la meta.

Caeremos en la gran compañía si somos tibios, si necesitamos continuas tribulaciones para progresar arrastrándonos. Si además volvemos completamente para atrás, será la destrucción total. Lo tenemos todo para triunfar, y el Eterno que nos ha llamado nos procura todo lo que necesitamos para que podamos afirmar plenamente nuestra vocación y nuestra elección. Sin embargo, se trata también de poner en ello nuestro empeño, de tener buena voluntad y docilidad para que pueda realizarse la transformación de nuestro carácter.

Debemos tener el ardiente deseo de desembarazarnos de nosotros mismos y de correr la carrera sin detenernos, de rechazar todo lo que nos impide avanzar con un ánimo cada vez más acentuado, a fin de alcanzar la meta que nos está propuesta. Puesto que somos colaboradores para introducir el Reinado de la Justicia en la tierra, es preciso que este Reinado se introduzca primero en nosotros. Es preciso que tengamos el deseo de compartir la opinión del Eterno, de adquirir los sentimientos que estaban en Jesucristo y de dejarnos educar por la gracia y el espíritu divinos.

Si queremos ser sinceros, hemos de decir que hay aún muy pocos entre nosotros que corran la carrera verdaderamente, de manera a alcanzar la meta. Es preciso que cada día constatemos progresos y experimentemos que adelantemos, estando regocijados porque el Eterno nos ayuda,

nos perdona, nos cubre, nos guía, nos sostiene y nos consuela.

Según la ley de las equivalencias, a nuestra vez debemos hacer a nuestro prójimo lo que nos ha sido hecho, manifestarle todo lo que nos ha sido expresado como benevolencia, bondad y ternura. Debemos también permanecer siempre en el espíritu de entusiasmo, lo cual demuestra que estamos a una temperatura favorable para nuestro crecimiento espiritual, y no a cero grados, a causa de nuestra negligencia y de nuestra indiferencia. La indiferencia es la muerte.

Es indispensable que progrese para poder recibir ayuda, socorro y bendición en las ocasiones diarias que se nos dan de correr la carrera. Debemos avanzar, olvidar lo que queda atrás y ser obedientes. Cuando el Señor nos indica una cosa que hay que poner a un lado, apresurémonos en desembarazarla para complacerle, y para que podamos verdaderamente alcanzar la meta. Es necesario tener la verdad pura y escueta delante de nosotros. De nada nos serviría engañarnos con falsos razonamientos. Es menester crecer espiritualmente, no permanecer en estado de niños, sino llegar a ser hombres maduros.

Por más que procuremos parecer mayores espiritualmente, por medio de toda clase de artificios, como las mujeres que se ponen tacones altos para realizarse, sería en vano. Es necesario adquirir la medida requerida para ser un hijo de Dios. Babilonia ha sido medida, pesada y hallada demasiado ligera, es por lo que ha sido rechazada.

Respecto a nosotros, el alcanzar la medida necesaria significa cambiar de carácter, transformar nuestra mentalidad. El Señor nos da la posibilidad de realizarlo. No es cuestión de hacer números de prestidigitación para lograrlo. Es simplemente cuestión de ser lo suficientemente humildes y sencillos para recibir de manos del Señor lo que nos ofrece.

Hemos de correr la carrera con rectitud y honradez de corazón, sintiendo sinceramente todas nuestras caídas y las debilidades que tenemos aún. Hay que desaprobarnos el mal y aprobar el bien. Así podremos dar un buen testimonio, ser un buen estímulo para los que nos rodean. De nada sirve alimentarnos de ficciones. Es menester contar con lo verdadero, con lo que da un buen resultado para la bendición de todos.

Nos alegramos de ver que la obra del Eterno prospera en la tierra i es cierto que debería avanzar todavía más. Siempre tengo delante de mí este pensamiento del apóstol Pedro: "Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¡que no debéis vosotros ser por la santidad de la conducta y de la piedad, apresurando la venida del día de Dios!" Pedro sentía en su alma la certidumbre de que el día de Dios podía ser apresurado. Nuestro querido Salvador dijo él mismo que si este tiempo de aflicción no fuera acortado, ninguna carne subsistiría. Añade que es por los escogidos que este día será acortado.

Lo que importa para nosotros es apresurar el Día de Dios, al esforzarnos por alcanzar la meta de la alta vocación en Cristo. Tenemos todo en las manos para lograrlo. La verdad nos es servida con una claridad tan grande, que ciertas personas declaran incluso que es demasiado clara, porque no es más posible dudar ni esconderse en los rincones. El Eterno se toma un trabajo inaudito para hacernos el camino fácil y comprensible. Sobre todo, El desea sensibilizarnos de la buena manera, para

que nuestro corazón sea capaz de comprender su pensamiento.

El Señor quiere beneficiarnos con la educación real y divina. El Maestro tuvo una paciencia inexpresable con sus queridos discípulos. ¡Cuánto hizo, después de su resurrección, para reavivar su fe vacilante, para entusiasmarlos de nuevo por el Reino y procurarles la gloriosa sensibilidad divina, sin la cual no es posible alcanzar el objetivo!

Como lo repito a menudo, la obra del Eterno está hecha de sensibilidad, de afecto y de amor verdaderos. ¡Cuánto quisiera yo que el pueblo de Dios fuese mucho más sensible, mucho más agradecido, mucho más apegado y seguro de la gracia divina, y que su sentimiento del deber fuese también mucho más acentuado para moverlo a reaccionar! Cuando uno se está muriendo, no hay manera de reaccionar, el organismo no puede funcionar más. Es solamente cuando estamos bien vivos como podemos hacer lo necesario.

Es indispensable reaccionar ante la palabra del Eterno y que estemos profundamente conmovidos por su amor. Necesitamos esta educación, y conviene hacerla. Todo lo que nos estorba en la carrera, que nos insensibiliza, lo que le hace la guerra al alma, debemos alejarlo. Esto forma parte de las cosas que quedan atrás y que deben ser puestas completamente a un lado, para que podamos dedicarnos con energía a lo que queda delante de nosotros y que sólo puede darnos la victoria definitiva.

Estos son puntos sumamente importantes. Por eso, ¡cuán necesario es que seamos entrenados, para no ser frutos secos que caen antes de la madurez! Cada esfuerzo hecho corresponde a una victoria, a un adelanto. Estamos muy cerca del tiempo en que Babilonia va a zozobrar completamente. Ella será como una muela de molino que se arroja al mar, en el lugar en que está más profundo. Por lo tanto, no nos apeguemos más a quimeras, a mentiras del adversario, a sus trapacerías, ni a todo lo que él ha establecido en la tierra.

¡Cuánto nos alegramos de ponernos bajo la égida del buen Pastor, de dejarnos conducir por su gracia y poder contar con su ayuda! Queremos andar en sus caminos, formar la nueva familia de los que se aman, que son amables, que se comprenden y se completan. En ella cada uno existe para el bien de su prójimo y se tiene en consideración los esfuerzos de todos. El Señor declara que no se olvidará de nuestro trabajo, ni del celo que hayamos desplegado.

En efecto, todo cuanto hayamos hecho, e incluso el más pequeño servicio que le hayamos prestado a uno de los suyos, se lo habremos hecho al Señor mismo. Él es agradecido por todo y nos señala el camino de la rectitud y de la bendición. Esto nos regocija, nos estimula, nos alienta a ocuparnos de lo que está delante de nosotros y a olvidar lo que queda atrás. Es preciso que estemos profundamente agradecidos al Eterno por su ternura y su maravilloso amor. La abnegación de su Hijo muy amado debe hablar también poderosamente a nuestro corazón.

Es una inmensa gracia conocer la verdad. En la escuela de nuestro querido Salvador podemos ser educados de la buena manera, transformados completamente y venir a ser nuevas criaturas. Para esto es muy necesario que desaparezcan para nosotros las antiguas cosas y que todas lleguen a ser nuevas.

Es indispensable que nos pongamos al paso con buena voluntad y no refunfuñando, que nos sometamos a las instrucciones del Señor y no nos hagamos arrastrar. Tenemos gran necesidad de lavarnos a fondo en el agua pura de la verdad. Es muy preferible que nos limpiemos nosotros mismos, como lo dice el apóstol Pablo a los corintios: "Si nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados." 1 Co. 11: 31.

No esperemos hasta el momento en que sea necesario ser limpiado con potasa, pasar por el fuego del fundidor, como lo muestra el profeta Malaquías. El horno de la adversidad será entonces calentado al rojo blanco, y todos los malos y los altivos serán como estopa.

Afortunadamente para nosotros, sabemos ya el camino que queda para atrás y queremos hacer a tiempo el lavado completo, la gran revista, cuidando de que no quede algún rincón olvidado para la limpieza. El Señor no quiere venir a juzgarnos severamente ni a condenarnos, pero nuestro organismo se encarga de hacerlo. Si hacemos el bien, el organismo reaccionará en el sentido del bien y prosperará maravillosamente. Estaremos en la felicidad y en la bendición.

En cambio, si hacemos el mal, nuestro organismo reaccionará en el sentido del mal, lo que equivaldría para él a la destrucción. Esforcémonos, pues, en hacer el bien, en ocuparnos únicamente de lo que es bello, noble, amable. Tomemos el ejemplo de nuestro querido Salvador, que nos trata con tanta bondad y mansedumbre.

En otro tiempo, cuando un hermano había cometido una falta, yo tenía enseguida una palabra de reproche en los labios. Ahora he aprendido de mi Maestro. Yo tuve muchos fallos, y el Señor nunca me regañó. El me trató siempre con una bondad exquisita. A mi vez me esfuerzo en obrar de la misma manera, a fin de ser un verdadero amigo para mis hermanos, diciéndoles al mismo tiempo la verdad.

Vivamos el bien, hagamos solamente cosas que puedan ser hechas en pleno día. Todo lo que no soportaría la plena luz, dejémoslo a un lado. El Eterno podrá coronar nuestros esfuerzos con un magnífico éxito. Es así como rechazaremos valerosa y definitivamente todo lo que queda atrás, para avanzar hacia adelante. Entonces, por la gracia y el socorro divinos, podremos alcanzar nuestro objetivo, a la honra y a la gloria del Eterno y de nuestro querido Salvador.



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Hemos podido captar más a menudo el espíritu de Dios, y logrado esparcirlo como un aceite de gozo y de alegría?
2. ¿Dejamos formalmente a un lado todo lo que queda atrás para escoger el Reino?
3. ¿Hemos sido sencillos, sinceros, benévolos, incluso si nuestros hermanos y hermanas no son todavía muy amables?
4. ¿Hemos compartido la opinión del Eterno, lo que requiere naturalmente la fe, y sentido el contentamiento del corazón?
5. ¿Nos mantenemos a una temperatura favorable para nuestro crecimiento espiritual?
6. ¿Hemos podido notar algunos progresos en el altruismo, la humildad y la paciencia?